

Posibilidad ética y viabilidad democrática

El hombre –racional todavía, a pesar de ciertas evidencias contrarias– no puede en manera alguna abdicar de su facultad de comprensión necesaria. Para vivir humanamente requiere alguna comprensión de lo que ocurre, así como alguna previsión de lo que puede llegar a ocurrir.

■ José Ignacio Rey

Faltan poco más de dos años para entrar en un nuevo milenio. Algunos piensan, por cierto, que ese nuevo milenio ya ha entrado en nosotros, desde hace una o dos décadas.

Cambio de época, más que simple época de cambios. No hace falta ser milenarista para reconocer por doquiera síntomas perturbadores de desajuste a muchos niveles, crisis de instituciones y valores, infinidad de caminos nuevos que se abren, con la pesada incertidumbre de no saber si conducen a alguna parte. Una cierta angustia resulta inevitable, a nada que uno se mueva más allá de las coordenadas que pautan el pragmatismo o el optimismo bobo de la inconsciencia.



ESFUERZO REFLEXIVO

Para que la angustia, personal o colectiva, no acabe en la desmesura o en la patología, se impone el esfuerzo reflexivo, siempre humilde y seguramente provisional. El hombre —racional todavía, a pesar de ciertas evidencias contrarias— no puede en manera alguna abdicar de su facultad de comprensión necesaria. Para vivir humanamente requiere alguna comprensión de lo que ocurre, así como alguna previsión de lo que puede llegar a ocurrir.

Hay una segunda razón de peso para el esfuerzo reflexivo. Lejos de una «sociobiología» muy en boga, que tiende a asimilar la evolución de las culturas a la evolución biológica, y que lleva incluso a extrapolar el darwinismo de la selección natural para explicar fenómenos societarios, es preciso reivindicar el papel activo de la razón humana en la configuración del futuro. La historia no ha terminado. Tampoco el futuro deriva de determinismos ciegos o de fatalidades. El caos no crea, por sí solo, un orden nuevo, al menos en el orden social. Concretamente, la ya célebre «mano invisible» que, sin ahorrar terribles costos humanos y difiriendo permanentemente soluciones a problemas reales en el corto o mediano plazo, se encargaría de lograr alguna vez un orden justo, no pasa de ser un mito, burlesco y cínico además. Por supuesto, ninguna ciencia social, que se respete a sí misma, se atreverá a pronosticar futuros bien perfilados en base a meras programaciones de presente. El resultado social, en el que intervienen casi infinitas variables, no puede ser deducido de la mera pretensión, aunque las pretensiones sean legítimas y necesarias.

LAS TRAMPAS DE LA FALSA CONCIENCIA

Se viene proclamando insistentemente el fin de las ideologías. Lamentablemente, no hay evidencia de que ese fin haya llegado o esté por llegar. Mueren unas pero nacen otras, de parto natural o provocado. La de la «mano invisible» se resiste a morir, incluso aparece remozada. Lo mismo ocurre con la de la «neutralidad» aséptica de las ciencias en general y la «naturalidad» irreversible de cualquier avance tecnológico. Hemos aludido, de paso, a la descalificación científica de la sociología y de la filosofía social, en gesto de torpe y alegre irresponsabilidad. A base de maquillaje y cosmética y con el prefijo «neo», resurgen viejos liberalismos. Sin alterna-

“

Por supuesto y en el terreno mediático, algunos siguen creyendo que “el medio es el mensaje”, quedando inermes así las masas frente al “pensamiento único”, domesticador de conciencias, que avanza y se impone.

”

tivas aparentes, el capitalismo, como vía única de progreso económico, coge también nuevo aire. Por supuesto y en el terreno mediático, algunos siguen creyendo que «el medio es el mensaje», quedando inermes así las masas frente al «pensamiento único», domesticador de conciencias, que avanza y se impone.

Ideología relativamente nueva es la que pretende reducir las dimensiones del hombre a su capacidad de consumo. Capítulo aparte merece la peligrosa ideología que subyace en el discurso, muy de moda en la última década, acerca de la ética y los valores morales. A él regresaremos luego. Quizás la ideología mayor y más reciente es la de la «globalización», ambigua e inducida, pero presentada como natural y universalmente beneficiosa. «Reparto global» la llamábamos en 1994 (Rev. COMUNICACION, N° 85, pág. 2-3).

Nada, pues, de fin de ideologías. Siempre las hubo y las seguirá habiendo. El hombre parece condenado a engañar e incluso a engañarse. Parecería no poder tolerar la vida sin «falsas conciencias». El intento permanente de la ciencia por desmascarar mitos e ideologías, válido y necesario, nunca llegará a un final feliz.

Lo grave hoy no es la existencia de ideologías, sino la pretensión sistemática

de declararlas inexistentes, lo cual lleva a desactivar la capacidad crítica y a declarar inútil cualquier esfuerzo reflexivo serio. Apenas queda espacio para una racionalidad que no sea puramente instrumental. Las grandes energías humanas no se orientan hoy a la comprensión, sino al logro de una rápida adaptabilidad. El empeño no es por situar, sino por situarse. En ese contexto, autoritario y profundamente conservador en su apariencia de moderno y vanguardista, resulta fácil acusar de retardatario o inoportuno cualquier intento sostenido de reflexión crítica.

EL RECURSO FACIL A LA ETICA

Una de las grandes paradojas de este final de milenio es que, en el negocio global del consumo, la verdadera guerra se da en el escenario de lo simbólico. Ello explica, por ejemplo, el hecho de una academia más y más hipotecada y sin autonomía, la proliferación de «fundaciones» empresariales y «mecenazgos» al servicio de una cierta cultura, la utilización servil de una intelectualidad castrada, el monopolio prácticamente absoluto de la función socializadora por parte de los medios y las nuevas tecnologías de la información.

En ese mismo escenario hay que situar el discurso ético de moda, lo que algunos han llegado a expresar como «modéfica», «eticismo», «nueva figura desencantada de la falsa conciencia». Nosotros mismos, hace casi una década, denunciábamos como sospechoso «el recurso a la ética en una época de cambios» (Rev. COMUNICACION, N° 75, pág. 3-12). Los años subsiguientes han venido a confirmar aquella sospecha inicial. Según la moda en curso, resulta que el origen de todos los males que agobian al mundo está en una decadencia generalizada de los valores morales y, por tanto, habría que convocar a una especie de cruzada universal para la recuperación de los mismos o, al menos, para su proclamación formal y consensuada. Ética como panacea. Pura fantasía.

PERFILES DE UNA MODA

La ingenuidad o el cinismo del diagnóstico y de la propuesta son tan grandes que alguien, desde Europa, se ha atrevido a sugerir la necesidad de elaborar un código único de ética para la humanidad en su conjunto, apelando además para ello a un acuerdo entre todas las grandes religiones de la tierra. Para fundamentar la propuesta, ha llegado a afirmar que «el mundo en que vivimos no conservará posibilidades de

sobrevivencia mientras sigan existiendo espacios para éticas diversas, opuestas o antagónicas», ya que «un mundo único necesita un talante ético fundamental». Tal cual.

Otros prefieren mirar hacia atrás, a fin de recuperar lo recuperable de aquel substrato humanista, original, que el liberalismo fue perdiendo con el correr del tiempo, aquella pasión del deber dictada por la voluntad de conjurar la dinámica licenciosa del egoísmo individual. Tiempo perdido. Aquel período se ha cerrado. En las sociedades actuales, doblemente secularizadas, desprendidas de cualquier imperativo categórico e, incluso, de aquellos hipotéticos que impliquen deberes propia-mente dichos, no hay lugar sino para una ética «light», minimalista, preservativa.

Es también un hecho constatable el llamado a desempolvar viejos e inoperantes códigos, por los que las respectivas profesiones auto-regulaban su ejercicio. En esa misma dirección, las cátedras de «ética profesional», hasta hace poco marginales dentro de las diversas carreras, son promocionadas ahora para que cobren relevancia, como por arte de magia.

Por todas partes proliferan «congresos» y «encuentros», de las más diversas áreas, en los que se asume como central la perspectiva ética. No podían quedar al margen de esa moda los presidentes de los países iberoamericanos que titularon su VII Cumbre, celebrada en Venezuela en noviembre de este año, «Valores morales de la democracia». Así mismo, cualquier institución que se precie —incluso las bancarias— contrata a profesionales remunerados de la ética, «expertos» en ética, para que desarrollen cursillos rápidos de adiestramiento o de «barnizado», para el personal empleado.

INDAGACION CAUSAL

No es el lugar ni el momento de analizar a fondo las causas y las funciones de esta efervescencia ética, convertida en moda. Quizás la más profunda tenga que ver con el conflicto «estructural» del propio individualismo liberal que, al desconocer al otro, niega cualquier posibilidad a una genuina ética, siempre racional. Obviando de alguna manera el fondo del problema, se estaría tratando ahora de encontrar una ética funcional y adaptada a un individualismo «de rostro humano».

El pragmatismo ramplón y los reduccionismos mercantil y consumista, por otra parte, cierran perspectivas y acortan dimensiones, lo cual lleva irremediable-

mente al ahogo, a la degradación o al simple aburrimiento.

Lo que parece evidente es que el recurso compulsivo a instancias éticas es un atajo inviable y tiene que ver con el fracaso de los grandes breviarios ideológicos, que parecen no responder con eficacia suficiente a las urgencias del momento. La ética tendría una función supletoria, constituida ella misma en ideología superior.

No es irrelevante destacar, en esta rápida enumeración de causalidades, el último descubrimiento de mercaderes, publicistas y correspondientes asesores de imagen: la ética también vende. Es decir, el mercado de valores ha pasado a tener su lugar propio en el mercado global. Lugar propio y privilegiado, por aquello de los escenarios simbólicos (Diario «Economía Hoy», Caracas, 30-5-96). Asistimos, todos los días y de cara al espectro mediático, perplejos quizás más que escandalizados, al frívolo secuestro de los valores morales (Rev. COMUNICACION, N° 94, pág. 28-29). El vicio y la virtud, en amalgama indigesta, se convierten así en espectáculo rentable. ¿Rearme moral o desarme definitivo? Contradicciones del sistema. Maniqueísmo obtuso. Esquizofrenia inducida. Todo cabe.

DEMOCRACIA SIN ALIENTO

La crisis de valores morales remite, en el fondo, a una crisis de la democracia. El mundo comprueba que la desaparición progresiva de las dictaduras no ha conducido, de hecho, a un mejoramiento cualitativo de las democracias. La insatisfacción es creciente y universal. Más todavía que a los valores morales, la crisis afecta a los modelos o sistemas de convivencia, entre personas y entre comunidades humanas. Definitivamente la crisis es social y política, además de económica.

A una ética precaria y minimalista acompaña una democracia restringida, algo más que formal en el mejor de los casos. En los países de vieja tradición democrática, el sistema presenta graves síntomas de agotamiento, el menor de los cuales no es ciertamente el crecimiento acelerado del desinterés por la política, así como el repliegue compulsivo en la vida privada. En los otros países y en las actuales condiciones del mundo, el modelo de democracia occidental es sencillamente inviable, por no decir impensable.

Se consume así la paradoja de las paradojas: el neoliberalismo conduce irreversiblemente a la negación de las libertades, la de las personas y la de los



ILUSTRACION: MARVIC RUIZ

pueblos. Sin cambios profundos —que sin duda vendrán, mucho antes del fin de la historia— la humanidad camina por el despeñadero de una deshumanización creciente. A escala internacional crece peligrosamente el abismo de las desigualdades económicas, de recursos y de oportunidades. Crecen también, en reacción defensiva y de sobrevivencia, los nacionalismos explosivos y —peor aún— los fundamentalismos. Crecen la violencia, el rechazo, la xenofobia. A lo interno de cada pueblo y según pueblos, crecen la rabia, la desesperación o, simplemente, la apatía y el aburrimiento.

Dos epifenómenos recientes del neoliberalismo vienen a agravar aún más el debilitamiento del ideal democrático como posibilidad. Ambos tienen que ver con los requerimientos expansivos del gran capital. Nos estamos refiriendo a la «tiranía del mercado» y a la dinámica inducida de la «globalización».

LA TIRANÍA DEL MERCADO

La economía de mercado y la democracia política están muy lejos de ser las dos caras de la misma moneda. Sólo tienen en común que, ambas, limitan al Estado absoluto. En ese sentido, podría decirse que un sistema abierto, político o económico, es condición necesaria pero no suficiente de la democracia. ¿No hemos visto acaso a regímenes dictatoriales en la propia América Latina, imponer la economía de mercado y favorecer la penetración de capitales extranjeros?

La «tiranía» del mercado es otra cosa, fenómeno mucho más reciente. Lejos de

ser condición de democracia, pasa a ser negación de la misma. Tiranía por una doble razón. En el terreno estrictamente económico, por su tendencia natural a eludir la competencia y a constituir grandes monopolios. En el terreno ideológico, por la falsa conciencia, masivamente inoculada, de que nada en la vida tiene valor sino en la medida en que tenga valor de mercado. A la misma ideología pertenece la concepción del hombre como consumidor.

El monopolio acaba negando la libertad económica, el pregonado libre juego de la oferta y la demanda. El consumismo degrada la condición humana del sujeto. En esas condiciones, la democracia queda reducida a simple palabra, insubstancial.

REPARTO GLOBAL

La tiranía del mercado tiene, además, pretensiones globales, es decir, aspira a desplegar su dominio absoluto a escala planetaria. «Reparto global», entre los grandes.

Nadie en su sano juicio podría situarse en contra de la tendencia al acercamiento entre los pueblos. Con sano juicio también debe ser aplaudido el descrédito creciente de los nacionalismos estrechos; y más si buscan la confrontación por la confrontación misma. Desde otro punto de vista, motivo de orgullo es el hecho de que la humanidad haya logrado formidables medios técnicos, que posibilitan el intercambio rápido de informaciones, así como el conocimiento mutuo entre personas y pueblos. Tampoco puede uno dejar de apoyar la búsqueda de instituciones u organismos nuevos, con competencia, inteligentemente precisada, sobre problemas que afectan al conjunto de los pueblos.

La globalización de moda es, por el momento, cosa bien distinta. Como queda dicho, se origina por las necesidades expansivas del capitalismo, mercantil y sobre todo financiero, de los países ricos. Pretende inducir y construir una globalidad dispareja y desigual, que niega las diferencias legítimas y consagra las ilegítimas. En el nuevo y gigantesco supermercado sin fronteras, a otra escala, volvería a haber lo de siempre: dueños y gerentes, consumidores cautivos (aportando, muchos, mano de obra barata) y excluidos. Cada vez más y más excluidos (Rev. COMUNICACION, N° 94, pág. 2-3).

Dos reflexiones adicionales, al respecto. La primera, obvia y ya insinuada, es que el intento triunfalista de globalización va acompañado, de hecho, de una segmentación acelerada y reactiva, cuyas expresiones,

a veces terribles, hoy se multiplican. La segunda, más o menos obvia también, es que, en medio de esa dinámica forzada y globalizadora, se alejan las posibilidades de una democracia genuina para todos los pueblos. En actitud defensiva y en lucha por la sobrevivencia no pueden fraguar democracias.

LOS UNOS Y LOS OTROS

Quizás lo que está en la raíz más profunda tanto de la crisis de valores morales como de la crisis del proyecto democrático sea el desconocimiento o la insensibilidad frente al otro. Ética y democracia no son, a fin de cuentas, sino arte de vivir. Arte de vivir, de unos y de otros, de unos con otros, de todos y con todos.

El descubrimiento del individuo en cuanto tal, en el Renacimiento y en la época moderna, supuso un evidente avance civilizatorio. No puede ni debe ser negado. La felicidad es siempre de humanos individuales y, por supuesto, son siempre individuos los que se empeñan en buscarla. En ese sentido, el sano individualismo no sólo no puede ser descartado, sino que debe ser permanentemente reivindicado, en el presente y de cara al futuro.

Lo que hemos llamado crisis «estructural» del individualismo apunta, más bien, a la perversión del mismo. Perversión que conduce a un yo aislado y solipista, recluso o privatizado, encogido sobre sí mismo, activado sólo por energías centrípetas. A este plácido suicidio en vida parece inducirnos el neoliberalismo en boga. Suicidio por un lado, homicidio colectivo por otro. Por efecto de la exclusión o del alejamiento, los demás pueden acabar también muertos en vida, por uno o para uno.

Esta ausencia de los demás en la conciencia propia deja sin sentido a la ética, así como a la democracia misma. El remedio no está en la mera «buena voluntad», sincera o cínica, de quienes se limitan a propiciar campañas altruistas de diverso género o «voluntariados» prescritos. Mucho menos en quienes dicen alentar un «egoísmo solidario».

RECLUSIÓN EN LO PRIVADO

Como no podía ser de otra manera, al desconocimiento del otro y, sobre todo, al desconocimiento del otro en cuanto otro acompaña la disolución progresiva de los espacios propios de lo social y lo público.

Los espacios que deja francos un poder estatal en declive están siendo copados,

de hecho, por el nuevo poder emergente: un único mercado global, compuesto por consumidores que sólo se asoman al mundo a través de la pantalla de la televisión (algunos privilegiados también por la de Internet). Predomina así una sofisticada y homogeneizada cretinización de la existencia. En ausencia, por ejemplo, de verdadera opinión pública, acaba por imponerse la opinión más publicitada. El político, por su parte, abandona cualquier debate, preocupado tan sólo por vender su «imagen». El «pensamiento único» convierte en innecesarios los pensamientos plurales. Desaparece el sujeto, para convertirse en simple unidad humana objetivada.

En esas condiciones, hasta la represión tradicional cae en desuso. El nuevo poder fáctico se limita a atomizar y descomponer a los que, privados ya de identidad, se mantienen en la parte inferior de la sociedad, se refugian en contra-sociedades defensivas o, al margen de proyectos y elecciones, sólo aspiran a poder drenar energías con drogadicciones de diverso tipo.

Sin espacios propiamente sociales, la ética no puede ser mínima y preservativa. La democracia, en el mejor de los casos, queda reducida a rutinario y más o menos inútil procedimiento.

DIAGNÓSTICOS Y PROPUESTAS

Aunque a estas alturas, pueda parecer lo contrario, la intención del presente escrito no se circunscribe al diagnóstico, siempre inacabado y por demás necesario. Si así fuera y, desde luego, muy lejos de nuestra intención, el puro diagnóstico, en una época de inflación verbal, podría no representar sino un discurso más, acerca de otros discursos en boga. Es decir, más vacío añadido al vacío. Sin embargo, el silencio, sobre todo en esta época paradójicamente tan marcada por algunos silencios, no puede ser tampoco la alternativa.

Si llega a ser conocida —cosa no siempre fácil—, la terapia debe seguir al diagnóstico. Sin olvidar, claro, que en todo genuino esfuerzo reflexivo, crítico, hay ya, aunque sea latente, alguna propuesta. Al margen de lo latente, ensayaremos ahora la explicitación esquemática de un esbozo de propuesta, orientada a sincerar el quehacer ético y a posibilitar la composición o recomposición de la democracia. Poco más que la enumeración de algunas sugerencias.

APROXIMACIONES A LA ÉTICA NECESARIA

En una primera aproximación, negativa, la ética en manera alguna puede ser pro-

piamente codificada. El código tiende a ser estático y nunca representa más que el resumen de un acuerdo parcial sobre formas de comportamiento. Inútil esfuerzo el de tratar de revitalizar la ética rescatando códigos, ni siquiera creándolos de nuevo. Mucho menos, como queda insinuado, cuando las pretensiones son de universalidad.

En una segunda aproximación, negativa todavía pero al margen ya de los códigos, la ética ni siquiera consiste en normas, aunque éstas acaben siendo su reflejo. Esto es especialmente válido en la situación actual, tan secularizada, tan plural, tan incierta, tan dinámica. Más que normas, lo que hay que asentar son actitudes, inclinaciones sostenidas, opciones de fondo. Esas actitudes vendrían siendo posturas fundamentales que, por supuesto, deben responder a formas sabias de concebir la vida. Suponen alguna jerarquización, elegida, de ciertos valores primarios.

OTRAS APROXIMACIONES

En una nueva aproximación, ya no negativa, la posibilidad ética supone la reactivación del ser humano como sujeto activo y diferenciado. Sano individualismo. Plenitud de subjetividad, en el mejor sentido de la palabra. La ética genuina está hecha de elección y creatividad. Supone conciencia de sí y, en definitiva, equivale a una tenaz perseverancia en el propio ser y en el propio querer. Contra una tendencia predominante en muchos críticos y dicho sea de paso, la pertenencia a las masas, por sí sola, no tendría por qué ser un obstáculo insalvable, para la realización del sujeto propio.

No haría falta recordar, a estas alturas, que no hay sujeto humano ni posibilidades éticas sin el reconocimiento del otro como tal. Y no meramente tolerado (es urgente replantear el debate acerca de la verdadera tolerancia), sino de alguna manera integrado dentro del panorama de la construcción propia. Más aún, la vida moral, que es creencia, apuesta y arrojo, tiene su fuerza última en el amor, entendido éste como reconocimiento y entusiasmo por lo ajeno en cuanto ajeno. Desde esa perspectiva, es preciso resituarse al sujeto en el universal humano. La tolerancia deja de ser virtud moral cuando es el resultado de simples alejamientos.

Por supuesto, la vida moral se ahoga fuera del espacio de lo social. Queda dicho ya que la crisis de valores morales se origina en la pérdida de oxígeno en los cuerpos sociales, debido principalmente a la absorción de sustancia humana por parte

“

Más que normas, lo que hay
que asentar son actitudes,
inclinaciones sostenidas, opciones
de fondo. Esas actitudes vendrían
siendo posturas fundamentales que,
por supuesto, deben responder
a formas sabias de concebir la vida.
Suponen alguna jerarquización,
elegida, de ciertos valores
primarios.

”

de un neoliberalismo consumista, deprimador y globalizante.

El problema del mundo actual no es tanto de inmoralidad cuanto de desmoralización. De ahí la insistencia nuestra en que no hay solución radical sin reformas «estructurales». La posibilidad ética es, siempre y también, un problema político.

ALGUNAS APROXIMACIONES MÁS

La vida moral, quehacer inacabado, tarea más que camino, es, en última instancia, como se dijo, arte de vivir. Secuencia de decisiones con fundamento. Proyecto razonable para compatibilizar las exigencias sociales de la libertad. También, conciencia de una autonomía responsable.

La ética es permanente reflexión crítica sobre valores institucionalizados y, en esa medida, le es connatural un cierto inconformismo sin prejuicios. Distanciada de utopías —sobre todo de las realizables—, se alimenta de proyectos y de ideales.

Las exigencias éticas siempre han estado en dramática minoría, frente a la realidad histórica mayoritaria. Nunca ha sido la voz de lo dominante, de lo ya logrado, sino la demanda y aún la protesta frente a lo que se presenta como inevitable. En tensión sostenida entre lo real y lo posible, el empeño ético siempre comienza de nuevo y, si hay algún acento triunfal en su tono, no es signo de victoria sino aliento de resistencia.

El objetivo de la ética es, naturalmente, la felicidad, incluso el placer en su sentido más amplio y noble. Hace dos o tres siglos, la reivindicación del placer podía ser revulsiva y hasta revolucionaria. Hoy, al menos en los países ricos, el placer es el mejor instrumento de integración, real o imaginaria, al sistema. En ese particular contexto y frente a esa moral «integradora», sólo cabe oponer una moral «del juego y de la ambigüedad», de la libertad interior, del desmarque oportuno o inoportuno.

Ya que la guerra, además de en el terreno principal de la economía, se desenvuelve hoy simultáneamente en los escenarios del control psíquico y de la homogeneización simbólica, esa actitud propuesta, divertida y comprometida a la vez, adquiere —pensamos— un valor sintomático, simbólico y, en cierto modo, incluso programático. La ironía y el juego son así, al menos coyunturalmente y por algún tiempo, técnicas de supervivencia para quienes tienen una aspiración moral que rebasa los límites de tolerancia del sistema.

Es preciso hoy reivindicar una moral cuya inquietud es la imaginación que adivina posibilidades y cuya armonía es el juego que las ejercita. Una moral de la discordancia y de la disidencia responsables, con espacio abierto para lo imprevisible. Una moral que no renuncia a la identidad y a la diversidad, frente a la docilidad en el consumo y a la «standarización» de los comportamientos. Si algo permite la moderna sociedad urbana —y gracias precisamente a su armonía— es la proliferación incontrolable de pequeños grupos y de normas, que proceden de múltiples iniciativas dispares. En ese contexto y por el momento, parece saludable una cierta, inorgánica, pluralidad de pertenencias.

VIABILIDAD DEMOCRÁTICA

Decíamos arriba que la crisis de valores morales remite a una crisis de la democracia, lo cual es también cierto en dirección inversa. Ambas, en mutua relación y en última instancia, más allá de discursos estériles o de modismos muchas veces contradictorios, no son sino síntomas de una descomposición sistémica. Todo ello nos permite centrar la atención sólo en algunas pocas sugerencias específicas acerca de la necesaria recomposición de la democracia. Y en apretado resumen.

Esta recomposición pasa, como ya queda dicho, por la reactivación del hombre —individuos o grupos de base— como sujeto activo, creador y diferenciado. Pasa igualmente por el reconocimiento

desprejuiciado y amable del otro en cuanto otro, sin exclusiones de ningún tipo. Pasa por la apertura urgente de espacios propiamente sociales, frente a la tiranía del mercado y frente a una globalización desconsiderada e, incluso, criminal para tres cuartas partes de la población de la tierra. No está dicho antes, aunque sí presupuesto, que sin justicia social, en todos los órdenes y a cualquier nivel, es imposible la democracia. Más en concreto, no puede hablarse de democracia viva allí donde no estalla la indignación ante el desprecio de los derechos humanos. Todos los derechos y los derechos de todos.

Conviene recordar aquí que la democracia no es doctrina, ni siquiera mero conjunto de garantías institucionales, mucho menos simple procedimiento. Es un trabajo, un esfuerzo, una tarea nunca terminada por mantener unidades, siempre limitadas, de elementos disímiles y complementarios.

La democracia minimalista se conforma con elegir los gobernantes de turno y lograr unas ciertas garantías para evitar la intromisión abusiva de otros en el ámbito de lo propio. Es urgente pasar de esa visión, más bien negativa y defensiva, a una visión de la democracia positiva, prospectiva, propositiva, incluso prescriptiva. Democracia —supuestas condiciones institucionales básicas que lo permitan y propicien— en la penetración del mayor número posible de actores sociales, individuales o colectivos, en el campo de la decisión y, en definitiva, en la creación de un mundo más humano.

Conviene recordar también que, siempre pero sobre todo en las condiciones del presente, la lucha democrática se expresa principalmente como resistencia, esfuerzo vigilante y liberador frente a la lógica dominadora de los sistemas. No hay que temer, negar o disimular los conflictos, ya que precisamente la conflictividad social está en el fundamento de la democracia.

La democracia, por otra parte, sólo puede progresar a impulsos del progreso ético, ya que su fuerza principal se asienta en la voluntad de los ciudadanos de obrar y aportar responsablemente en la vida pública.

COMUNICACIÓN Y DEMOCRACIA

La composición y recomposición de las democracias obliga a afrontar, en un gran debate del que no puede ser excluido nadie (persona o pueblo), la complejísima problemática de los sistemas de comunicación: su configuración, su control, su funcionamiento, su impacto. Mucho más que medios de información, han llegado a ser

agentes primarios de socialización y, por lo mismo, nueva fuerza organizadora de la realidad social. En razón de su importancia y menos que en ninguna otra área, en el debate mediático no caben apresuramientos ni simplificaciones. Están en juego demasiadas cosas. También aquí las soluciones son «estructurales».

En el contexto actual de las nuevas relaciones de poder y tomando en cuenta el debilitamiento progresivo de los Estados nacionales, sería ingenuo desconocer, por ejemplo, que el sistema de comunicaciones, vía publicidad y corporaciones, está perfectamente articulado al gran sistema económico-financiero transnacional, cuyo control primario se ejerce desde los Estados Unidos de Norteamérica. En ese sentido, no puede ignorarse lo que es ya mucho más que un simple riesgo denunciado: el sistema mediático opera casi exclusivamente al servicio de lo que hemos llamado tiranía del mercado y de una globalización reductora y homogeneizante.

Desde luego, tampoco la defensa de la democracia o del ideal democrático puede descansar sobre el rechazo de lo masivo, sin más. El reto es siempre descubrir, más allá del consumo, otras infinitas formas de relación social. Si la fórmula no fuera tan gastada y extraordinariamente ambigua en sus connotaciones, podría pensarse en la «sociedad civil» como alternativa (Rev. COMUNICACION, N° 90, pág. 29-34).

En principio, la acelerada segmentación de públicos parece una tendencia promisoriosa. Promisorio es también el hecho de que sea hoy el usuario de los medios centro de particular interés para los investigadores especializados (Rev. COMUNICACION, N° 77/78, pág. 4-11). En definitiva, se trata de reforzar todo lo que pueda ir contribuyendo, desde los medios o desde otras instancias, a fomentar conciencias diversificadas, educar actitudes cívicas, desatar actividades.

A MANERA DE CONCLUSIÓN

Las reflexiones anteriores están hechas desde América Latina, pero en esta ocasión no responden a una perspectiva específicamente latinoamericana. Ello tiene su fundamento.

En primer lugar, hemos

preferido situarlas en coordenadas temporales más que espaciales o locales, ya que partimos del presupuesto de que la posibilidad ética y la viabilidad democrática son percibidas como problema mayor por todos los pueblos de la tierra, en este final de milenio. Naturalmente esa percepción compartida está referida al problema sólo en su generalidad.

Por otra parte, estamos convencidos de que las necesarias respuestas locales o regionales al problema para su formulación misma y sobre todo para su aplicación, deberán tomar en cuenta las respuestas —seguramente diversas, pero simultáneas— de otras localidades o regiones, en un mundo más y más inter-referido. Estamos apostando por una globalidad mestiza...

Finalmente queremos dejar constancia de que, a pesar de la aparente severidad de algunos de nuestros juicios, fundados en realidades no menos severas, los mismos en manera alguna responden a una visión o actitud pesimista de cara al futuro. Nos negamos, por el contrario, a aceptar la irreversibilidad de ciertos procesos que parecen hoy imponerse de manera contundente. En época de incertidumbres, nadie sabe cómo será el futuro —ni falta que hace—, pero algunos pensamos que puede ser mejor que el presente. La humanidad está lejos de haber dicho su última palabra.

El conjunto de estas reflexiones nuestras apunta precisamente a seguir motivando una revolución tan necesaria como posible. ¿Será cierto como piensan otros, que ya no queda más opción que la de tratar de «llenar los intersticios, bajo estructuras fuertemente consolidadas»? ■



ILUSTRACION: MARVIC RUIZ